ABC marzo 1948

# EL CLAVILLO DEL ABANICO

LLEGA un momento en el que la vida nos archiva la palabra madre. Diríase que si es siempre la primera que se pronuncia, es porque se nace con ella puesta y porque, sin que salga de nuestros labios, las demás no serían posibles. Durante un tiempo, largo o corto, según la predilección divina, se la acuña cotidianamente. A su conjuro, el Gran Socorro, la Gran Dulzura, el Gran Refugio, se nos brinda con una generosidad que no conoce cansancio ni límites. Mientras cabe lanzarla al aire y esperar respuesta, pisamos la tierra con ufanía y sentimos el hondo amparo que de ella dimana. Vive el ser al cual nada grave a nosotros referido puede comunicársele sin precauciones, al que hay que dosificarle las malas nuevas que nos afectan: desde la pueril caída de los jardines al grave accidente de las carreteras, desde el suspenso colegial a los fracasos profesionales. Vive el ser que nos devuelve, en un claro espejo, multiplicadas las alegrías, y cuyo júbilo, por cuanto bueno nos concierne, supera el propio. Vive ese ser cuya vigilancia en torno nuestro es tan sutil que, para minorar sus inquietudes, hemos de ocultarle, como pecados, las imprudencias habituales: así, se le encubre el desprecio de las bufandas, de las velocidades, de las mareas, de los contagios... Del mismo modo, por la conquista de su alegría, se le cela la estudiantil aventurilla, se sujeta a canon la anarquía del horario, se abjura de la especia fuerte, se orillan las amistades que nos veta. En su honor se elimina la epistolar abulia de las ausencias y desde el Quai d'Orsay o desde La Guardia Airfield, o desde el Prat, simplemente, se va derecho a la estafeta telegráfica para reducir la angustia del viaje y avivar el pábilo de la vela, por ella encendida, a la Señora que nos protegió en la ruta con su manto estrellado.

Mientras la madre vive, la seguridad de su dolor, si el daño nos asalta, nos hace cautos y precavidos. Parece, sí, que nuestra personal salvaguardia la recomendara tanto su amor como nuestro egoísmo y tanto el miedo de herirla como el de herirnos.

Hay una edad infantil en la que su presencia es natural y se supone, pero otra, ya madura, en la que conservar su augusta sombra es merced especialísima del destino, raramente otorgada. Declarar de una o de otra forma ese privilegio, ensancha de contento el alma, pero desazona, también, con la inquietud de perderlo. La madre, en el ínterin, y a despecho de los años, sigue viendo aún, bajo las canas de los hijos, el bucle dorado de las primeras fotografías con trompetas y caballitos de cartón, la mirada inocente en la pupila que ensombreció la ira, o la codicia y la fragilidad antigua de las manos de niño, en las que crispó ya la cólera y el odio de los combates de hombre. Cuando en sus postreras jornadas, su ancianidad se hace transparente, desvalida y cándida como la infancia misma, llega la hora de retribuirle con igual moneda tantos solícitos cuidados, tantos insomnios y zozobras, pero el amor proyectado en línea ascendente no tiene los mismos quilates que cuando desciende ni la misma capacidad de abnegación y de sacrificio. Dios absuelva a los hijos de sus impaciencias, de sus sequedades, de sus inhibiciones...

Y he aquí que, de improviso, la palabra madre se queda sin rostro. Desaparece el único ser al que podía ir dirigida. Sólo el vacío y su santa memoria siguen oyéndonosla después, acordada a los graves sollozos y tal vez a la última crisis. Así, la vida resulta un largo proceso de bienes y de males, de victorias y derrotas, abierto y cerrado por una misma palabra. Millones y millones más de ellas, pronunciamos entre la primera, balbucida, y la final, unas para el amor, otras para el trabajo o para la cortesía. Decidme si alguna tan dulce como esa que la pleamar del humano infortunio se lleva consigo...

Licencia de trasnochar, libertad para el avión y para la travesía, para la holganza y para el derroche, nadie que riña si no se reza el rosario... Orfandad. Se llora ese albedrío conquistado con lágrimas de una amargura inédita... Y otro hombre diferente es el que echa a andar, mal enjugadas. La madre... El clavillo del abanico, decía alguien, pensando en cómo el varillaje, si falta, se dispersa, igual que la familia, cuando el eje diamantino que la agrupa se quiebra para siempre.

Joaquín CALVO-SOTELO